

El anfitrión

De la instrucción humanista a la formación humanitarista

Luis Fernando Fernández Ochoa

Docente investigador. Doctor en Filosofía y Letras.
Decano de la Escuela de Teología, Filosofía y Humanidades.
Grupo de investigación Teología, Religión y Cultura – TRYC -

Fotos: Claudia Patricia Gil Salcedo





Se necesitan maestros con alma, hombres sabios, no solo eruditos.
 Todo el que tomara un curso de humanidades debería ser
 mejor persona y mejor ciudadano al terminarlo.

Convertido el activismo en el rasgo distintivo de la tardomodernidad, el hombre se ha dedicado a vivir afanosamente, corriendo de acá para allá, afanándose sin tregua y sin argumento, como «una ardilla girando incesantemente en su jaula», viviendo una vida sin finalidad, sin metas, sin proyectos, sin poesía, en el eterno retorno de lo mismo; experimentando cada día la condena de Sísifo, solo, sin ideales, sin saber compartir ni trascender.

Por eso resulta inadmisibles persistir en la simple *instrucción humanista* que ofrece contenidos teóricos que se dirigen solo a la mente, pero descuidan el *corazón*; no basta la exposición, ni siquiera el análisis y la discusión de temas sociológicos, políticos, históricos y aún éticos si no vamos más allá; es preciso dar el paso a la *formación humanitarista*.

Hace ya mucho tiempo que en las diversas universidades de nuestro país se vienen dictando materias humanísticas y, sin embargo, cada vez es mayor la corrupción. Colombia es un país enfermo desde el punto de vista moral y, en lugar de hacer algo de verdad efectivo para contrarrestar esa situación, seguimos instruyendo y no hemos logrado enseñar a vivir, a convivir, a comprender, a compartir, a disfrutar sanamente la vida, a cuidar el medio ambiente. Cada semestre le entregamos nuevos profesionales a la sociedad, competentes en los más diversos saberes, pero al parecer incompetentes humanamente. Las humanidades tendrían que ayudarle a los estudiantes a alcanzar los cuatro equilibrios de los que habla el Papa Francisco en la encíclica *Laudato si'*: consigo mismo, con los otros, con el medio ambiente y con Dios.

El mundo de hoy necesita un nuevo humanismo, que dialogue con la realidad, que esté provisto de sentido histórico, económico y social, pero, sobre todo, que edifique al hombre, que se funde sobre una *antropología adecuada*, porque si no, por muchos conocimientos que entregemos cada vez será mayor la brecha entre el progreso material y la madurez espiritual.

Por esta razón hemos de evitar que la Universidad se convierta en una *escuela técnica*, dedicada a profesionalizar y a capacitar para el empleo, puesto que la función de un verdadero centro de Educación Superior va más allá del suministro de títulos y la garantía de competencias. La misión de la Universidad es hacer auténtica ciencia, formar una conciencia crítica, despertar la responsabilidad social y el sentido de libertad, y conducir al estudiante hacia el descubrimiento de una vida plena. Por supuesto, para lograr esto se necesitan *maestros con alma*, hombres sabios, no solo eruditos; maestros que tengan autoridad, esto es, que nutran y hagan crecer a sus estudiantes, tal y como se desprende de la etimología del término *auctortitas*. Según esto, todo el que tomara un curso de humanidades debería ser mejor persona y mejor ciudadano al terminarlo. Si la Universidad no quiere convertirse en una tienda de títulos profesionales, debe procurar que su plan de enseñanza de las humanidades sea una vía de acceso a la libertad, a la equidad y a la realización personal y al desarrollo social.

De acuerdo con esta premisa, debemos dar el paso hacia un humanismo humanitario, porque, como escribe Heidegger, «el *humanismo*, si significa algo, significa lo contrario de *inhumanidad*», lo que implica que formar en humanidades, o mejor todavía, formar en humanidad, no es otra cosa que enseñarle al hombre a cuidar de sí mismo y de los otros, para darle al mundo una «medida humana» y para que, en lugar de fatigarnos buscando un alto «nivel de vida» que muchas veces conduce al hastío, aprendamos a trabajar por alcanzar una vida de calidad.



Referentes bibliográficos

- Aranguren, José Luis L. *Ética de la felicidad y otros lenguajes*, Tecnos, Madrid, 1988.
- Cortina, Adela. *Ética de la razón cordial. Educar en la ciudadanía en el siglo XXI*, Ediciones Nobel, Oviedo, 2007.
- Byung-Chul Han, *El aroma del tiempo*, Herder, Barcelona, 2015.
- Molinuevo, José Luis. "Heidegger y el humanismo", *Isegoría*, 1 (1990), 151-160.
- Rincón I Verdera, Joan Carles. "Aranguren: un nuevo humanismo social y cristiano", *Educació i Cultura*, 12 (1999), 15-33.
- Roldán Sarmiento, Pilar. *Hombre y humanismo en Julián Marías*, Diputación Provincial de Valladolid, Valladolid, 2009.